

# EL BANQUETE DE SATANÁS

Volumen 1 – Sermón No. 225

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO  
28 DE NOVIEMBRE DE 1858,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo, y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; más tú has reservado el buen vino hasta ahora.”***

***Juan 2:9-10***

El maestresala dijo más de lo que pretendía decir, o, mejor dicho, hay más verdad en lo que dijo de lo que él mismo imaginaba. Esta es la regla establecida en todo el mundo: “primero el buen vino y cuando se ha bebido mucho, luego el inferior”. Es la regla entre los hombres y ¿no lo han lamentado cientos de corazones desilusionados? La amistad primero, la lengua aceitosa, las palabras más suaves que la mantequilla y después la espada desenvainada. Ahitofel presenta primero el manjar señorial del amor y la bondad a David, luego lo inferior, porque abandona a su amo y se convierte en el consejero de su hijo rebelde. Judas presenta ante todo el manjar de las palabras bellas y de la bondad, el Salvador participó de él, caminó a la Casa de Dios en compañía de Él y tomó dulce consejo con Él, pero después vino la escoria del vino: “El que come pan conmigo, ha levantado contra mí su calcañar”. Judas el ladrón traicionó a su Maestro, trayendo después “lo inferior”.

Lo has encontrado así con muchos de los que creías tus amigos. En el apogeo de la prosperidad, cuando el sol brillaba y los pájaros cantaban y todo era hermoso y alegre para ti, trajeron el buen vino, pero vino una escarcha helada y cortó tus flores y las hojas cayeron de los árboles, tus arroyos se escarcharon con el hielo, y luego trajeron algo inferior, te abandonaron y huyeron. Ellos te dejaron en tu hora de peligro y te enseñaron esa gran verdad, que “Maldito el que confía en el hombre y hace de la carne su brazo”. Y así es en todo el mundo, lo digo una vez más, no sólo con los hombres, sino también con la naturaleza.

***“¡Ay de nosotros, si fueras todo,  
y nada más allá, oh tierra!”***

¿Acaso este mundo no nos sirve de la misma manera? En nuestra juventud se expone el mejor vino, luego tenemos el ojo brillante y el oído sintonizado con la música, entonces la sangre corre veloz por las venas y el pulso late alegremente.

Pero espera un poco y vendrá después lo inferior, porque los guardas de la casa temblarán y los hombres fuertes se encorvarán. Las muelas se acabarán porque son pocas, los que miran por las ventanas se oscurecerán, todas las hijas de la música serán abatidas. Entonces el hombre fuerte se tambaleará, la langosta será una carga y el deseo fallará, los plañideros andarán por las calles. Primero está la copa que fluye de la juventud y después las aguas estancadas de la vejez, a menos que Dios derrame en esas heces un nuevo torrente de su amorosa bondad y tierna misericordia, para que una vez más, como siempre le sucede al cristiano, la copa correrá una y otra vez brillará con deleite. Oh cristiano, no confíes en los hombres, no te fíes de las cosas de este tiempo presente, porque esta es siempre la regla con los hombres y con el mundo: "primero el buen vino, y cuando hemos bebido mucho, luego el que es inferior".

Esta mañana, sin embargo, estoy a punto de presentarles dos casas de banquetes. Primero, les pediré que miren dentro de las puertas de la casa del diablo y encontrarán que él es fiel a esta regla. Él saca primero el buen vino y cuando los hombres han bebido mucho y sus cerebros están confundidos con él, entonces saca lo inferior. Habiéndoles pedido que miren allí y tiemblen y presten atención a la advertencia, entonces intentaré entrar con ustedes en la casa del banquete de nuestro Amado Señor y Maestro Jesucristo y de Él podremos decir, como el maestra sala dijo al novio: "Has guardado el buen vino hasta ahora". Tus banquetes se hacen mejores y no inferiores, tus vinos se hacen más ricos, tus viandas son mucho más delicadas y tus regalos más preciosos que antes. "Has guardado el buen vino hasta ahora".

**1.** Primero, debemos dar una mirada de advertencia a la **CASA DE FESTEJO QUE HA CONSTRUIDO SATANÁS**, porque, así como la sabiduría edificó su casa y labró sus siete columnas, así la necedad tiene su templo y su taberna de banquete, a la cual continuamente tiente a los incautos. Mira dentro de la casa de banquetes y te mostraré cuatro mesas y los invitados que se sientan allí, y mientras miras esas mesas verás los platos traídos. Verás las copas de vino traídas y las verás desaparecer una tras otra, y fíjate que la regla vale en las cuatro mesas, primero el buen vino y después el inferior, sí, iré más lejos, después el inferior de todos.

En la primera mesa a la que llamaré vuestra atención, aunque os ruego que nunca os sentéis a beber allí, se sienta el **LIBERTINO**. La mesa del libertino es una mesa alegre. Está cubierto con un llamativo carmesí y todas las vasijas que se encuentran sobre él, se ven extremadamente brillantes y relucientes.

Muchos hay que se sientan allí, pero ellos no saben que son los invitados del Infierno y que el final de toda la fiesta, será en las profundidades de la perdición. ¿Ves ahora al gran maestresala, cuando entra? Él tiene una sonrisa suave en su rostro, sus vestiduras no son negras, sino que está ceñido con un manto de muchos colores, tiene una palabra melosa en los labios y una tentadora brujería en el brillo de sus ojos. Trae la copa y dice: "Oye, joven, bebe aquí, brilla la copa, entra suavemente, ¿lo ves? es la copa de vino del placer".

Esta es la primera copa en la casa del banquete de Satanás. El joven lo toma y sorbe el licor. Al principio es un sorbo cauteloso, es poco lo que tomará y luego se reprimirá. No tiene la intención de entregarse mucho a la lujuria, no quiere sumergirse de cabeza en la perdición. Hay una flor allí en el borde de ese acantilado, se estirará un poco hacia adelante y la arrancará, pero no es su intención lanzarse desde ese peñasco escarabajo y destruirse a sí mismo. ¡No él! ¡Piensa que es fácil guardar la taza cuando ha probado su sabor! No tiene intención de abandonarse a su embriaguez. Toma un trago poco profundo, pero ¡oh, ¡qué dulce es! cómo hace que su sangre hormiguee dentro de él. ¡qué tonto fui por no haber probado esto antes! él piensa. ¿Alguna vez hubo alegría como esta? ¿Se podría pensar que los cuerpos podrían ser capaces de un éxtasis como este? Bebe de nuevo. Esta vez toma un sorbo más profundo y el vino le arde en las venas.

¡Oh, cuán bendito se cree que es! ¿Qué no diría ahora en alabanza de Baco, o de Venus, o de cualquier forma que Belcebú elija asumir? ¡Se convierte en un gran orador en alabanza del pecado! Es hermoso, es placentero, la condenación profunda de la lujuria aparece tan gozosa como los transportes del Cielo. Bebe, bebe y bebe de nuevo, hasta que su cerebro comienza a dar vueltas con la intoxicación de su deleite pecaminoso. Este es el primer recorrido. Bebed, oh borrachos de Efraín, y poned la corona de soberbia sobre vuestra cabeza y llámanos necios porque apartamos tu copa de entre nosotros, bebed con la ramera y cenad con los lujuriosos, puede que os consideréis sabios al hacerlo, pero nosotros sabemos que después de estas cosas viene algo inferior, porque vuestra vid es de la vid de Sodoma y de los campos de Gomorra, vuestras uvas son uvas de hiel, los racimos son amargos, tu vino es veneno de dragones y cruel veneno de áspides.

Ahora, con una mirada lasciva en su frente, el sutil maestresala se levanta de su asiento. Su víctima ha tenido suficiente del mejor vino, retira esa copa y trae otra, no tan brillante. Mira en el licor, no está adornado con las burbujas chispeantes del éxtasis, es todo plano, aburrido e insípido, se llama la copa de la saciedad. El hombre ha tenido suficiente placer y como un perro vomita, y como un perro volverá a su vómito otra vez. ¿Quién tiene aflicción? ¿Quién tiene ojos rojos? Los que tardan mucho en el vino. Ahora estoy hablando figurativamente del vino, así como literalmente. El vino de la lujuria trae el mismo enrojecimiento de los ojos. El libertino pronto descubre que todas las rondas de placer terminan en saciedad.

"¿Qué?" dice él, "¿Qué más puedo hacer? ¡Ahí! He cometido todas las maldades que se pueden imaginar y he vaciado cada copa de placer. ¡Dame algo fresco! He probado los teatros por todas partes, ¡allí! No me importan ni un centavo todos ellos, he ido a todo tipo de placer que puedo concebir. Todo se ha terminado, la alegría misma se vuelve plana y aburrida. ¿Qué voy a hacer?"

Y este es el segundo curso del diablo, el curso de la saciedad, una somnolencia irregular, el resultado del exceso anterior. Hay miles que están bebiendo de la taza insípida de la saciedad todos los días, y algún invento novedoso con el que puedan matar el tiempo, algún nuevo descubrimiento con el que puedan dar una nueva salida a su iniquidad sería una cosa maravillosa para ellos. Y si se levantara algún hombre que pudiera descubrir para ellos alguna nueva forma de maldad, alguna profundidad más profunda en las profundidades del más profundo Infierno de la lascivia, ellos bendecirían su nombre, por haberles dado algo nuevo para excitarlos. Ese es el segundo plato del diablo. ¿Y los ves participando de él? Hay algunos de ustedes que están tomando un trago profundo esta mañana. Ustedes son los caballos hastiados del demonio de la lujuria, los seguidores desilusionados del fuego fatuo del placer. Dios sabe que si hablaras con todo tu corazón te verías obligado a decir: "¡Ahí! He probado el placer y no lo encuentro placer, he dado la vuelta y estoy como el caballo ciego en el molino, tengo que volver a dar la vuelta. Estoy hechizado por el pecado, pero no puedo deleitarme en él ahora como lo hice una vez, porque toda su gloria es como una flor marchita y como el fruto apresurado antes del verano.

Y mientras el festejador permanece en el mar pútrido de su enamoramiento, se abre otra escena. El maestra sala manda abrir otra botella de alcohol. Esta vez, el demonio lleva un cáliz negro y lo presenta con los ojos llenos de fuego infernal, centelleando con una condenación feroz. "Beba de eso, señor", dice él, y el hombre le da un sorbo y retrocede y grita: "¡oh, Dios! ¡que alguna vez debo llegar a esto! ¡debe beber, señor! El que bebe la primera copa, debe beber la segunda y la tercera. ¡Bebe, aunque sea como fuego en tu garganta! ¡bébetelo, aunque sea como la lava del Etna en tus entrañas! ¡bebe! ¡debes beber! El que peca debe sufrir, el que es un libertino en su juventud debe tener podredumbre en sus huesos y enfermedad en sus lomos, el que se rebela contra las Leyes de Dios, debe recoger la cosecha en su propio cuerpo aquí.

Oh, hay algunas cosas terribles que podría decirles de este tercer plato. La casa de Satanás tiene un cuarto delantero llena de todo lo que es tentador para la vista y hechizante para el paladar sensual. Pero hay un cuarto trasero y nadie sabe, nadie ha visto todos sus horrores. Hay un cuarto secreto donde saca con palas a las criaturas que él mismo ha destruido, una cámara bajo cuyo suelo está el fuego del Infierno y sobre cuyas tablas se siente el calor de ese horrible pozo. Puede ser el lugar de un médico, en lugar del mío, hablar de los horrores que algunos tienen que sufrir como resultado de su iniquidad.

Dejo esto, pero permítanme decirle al libertino derrochador que la pobreza que soportará es el resultado de su pecado de extravagancia. Sepa también, que el remordimiento de conciencia que le sobrevendrá no es una cosa accidental que cae por casualidad del Cielo, sino que es el resultado de su propia iniquidad. Tengan la certeza, hermanos y hermanas, el pecado lleva una miseria infantil en sus entrañas y tarde o temprano debe dar a luz a su terrible hijo. Si sembramos la semilla debemos recoger la cosecha. Así permanece la ley de la casa del Infierno: "primero, el buen vino, luego, el peor".

Queda por presentar el último recorrido. Y ahora, hombres fuertes que os burláis de la advertencia que os daría con voz de hermano y con corazón afectuoso, aunque con lenguaje áspero, venid aquí y bebed de esta última copa. El pecador al final se ha llevado a sí mismo a la tumba, sus esperanzas y alegrías eran como el oro puesto en una bolsa llena de agujeros y todos se han desvanecido, se han desvanecido para siempre. Y ahora ha llegado a lo último. Sus pecados lo persiguen, sus transgresiones lo confunden. Es apresado como toro en una red, y ¿cómo escapará? Muere y desciende de la enfermedad a la condenación. ¿Intentará el lenguaje mortal contaros los horrores de esa última copa tremenda de la que el libertino debe beber y beber para siempre?

Míralo, no puedes ver sus profundidades, pero echa un vistazo a su superficie hirviente. Oigo el ruido de correr de un lado a otro y un sonido como de crujir de dientes y el llanto de almas desesperadas, miro dentro de esa copa y escucho una voz que sube de sus profundidades: "Estos irán al castigo eterno". "Tofet está preparado desde la antigüedad, su montón es leña y mucho humo, el sople del Señor, como un torrente de azufre, lo encenderá".

¿Y qué dices a este último recorrido de Satanás? "¿Quién de nosotros habitará con fuego consumidor? ¿quién de nosotros habitará con las llamas eternas?" ¡libertino! ¡os lo ruego, en nombre de Dios, partid de esta mesa! oh, no seas tan descuidado con tus tazas. ¡No estés tan dormido, seguro en la paz que ahora disfrutas! ¡Hombre, la muerte está a la puerta y pisándole los talones una rápida destrucción! En cuanto a ti, que hasta ahora has sido reprimido por un padre cuidadoso y la vigilancia de una madre ansiosa, te ruego que evites la casa del pecado y la locura. Deja que las palabras del sabio estén escritas en tu corazón y ten cuidado de ellas en la hora de la tentación: "Aleja de ella tu camino y no te acerques a la puerta de su casa, porque los labios de la mujer extraña son como un panal de miel, y su boca es más suave que el aceite, pero su final es amargo como el ajeno, agudo como una espada de dos filos. Sus pies descienden a la muerte, sus pasos se aferran al Infierno".

¿Ves esa otra mesa allá en medio del palacio? ¡Ah, buenas almas fáciles! Muchos de ustedes pensaron que nunca fueron a la fiesta del Infierno, pero también hay una mesa para ti.

Está cubierta con un hermoso mantel blanco y todos los vasos sobre la mesa están muy limpios y hermosos. El vino no se parece al vino de Gomorra, entra suavemente, como el vino de las uvas de Escol, parece que no tiene intoxicación. Es como el vino antiguo que exprimían de la uva en la copa, sin veneno mortal. ¿Ves a los hombres que se sientan en esta mesa? ¡Qué engreídos son! Pregúntale a los demonios blancos que esperan allí y te dirán: "Esta es la mesa de los fariseos, el fariseo se sienta allí, puede que lo conozcas. Tiene su filacteria entre los ojos, el borde de su manto es muy ancho. Es uno de los mejores de los mejores profesantes". "Ah", dijo Satanás, mientras corre la cortina y cierra la mesa donde los libertinos están de juerga, "cállate, no hagas demasiado ruido, para que estos hipócritas santurriones no adivinen en qué compañía están. Esos fariseos son mis invitados tanto como tú, y los tengo con la misma seguridad".

Entonces Satanás, como un ángel de luz, saca una copa dorada, parecida al cáliz de la mesa de la comunión. ¿Y qué vino es ese? Parece ser el vino mismo de la sagrada Eucaristía, se llama el vino de la autosatisfacción y alrededor del borde puedes ver las burbujas del orgullo. Mira la espuma que se eleva sobre el recipiente: "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano". Conocéis esa copa, mis oyentes que se auto engañan. Oh, si conocieras la cicuta mortal que está mezclada en ella. ¿Pecar como los demás hombres? Tú no, en absoluto. No te vas a someter a la justicia de Cristo, ¿qué necesitas? Eres tan bueno como tus vecinos, si no eres salvo, deberías serlo, piensas. ¿No le paga a todo el mundo veinte chelines por libra? ¿Alguna vez has robado a alguien en tu vida? Le haces bien a tus vecinos, eres tan bueno como otras personas.

¡Muy bien! Esa es la primera copa que da el demonio y el buen vino te hace hinchar de engreída dignidad, como sus vapores entran en tu corazón y lo hinchan con un orgullo maldito. ¡Sí! Te veo sentado en la habitación tan limpiamente barrida y tan prolijamente adornada, veo la multitud de tus admiradores de pie alrededor de la mesa, incluso muchos de los propios hijos de Dios, que dicen: "Oh, si yo fuera la mitad de bueno que él". Mientras que la misma humildad de los justos os proporciona alimento para vuestro orgullo. Espera un poco, hipócrita untuoso, espera un momento, porque hay un segundo plato por venir. Satanás mira esta vez con un aire tan satisfecho de sí mismo a sus invitados, como lo hizo con la tropa de alborotadores. "Ah", dice él, "engañé a esos alegres muchachos con la copa del placer; les di, después, la copa insípida de la saciedad y también te he engañado a ti. Crees que estás bien, pero te he engañado dos veces, te he engañado de verdad".

Entonces trae una taza que a veces, a él mismo no le gusta servir. Se llama la copa del descontento y la inquietud de la mente, y muchos son los que tienen que beberla después de toda su autosatisfacción.

¿No encuentras, tú que eres muy bueno en tu propia estima, pero no tienes interés en Cristo, que cuando estás solo y comienzas a dar vueltas a tus cuentas para la eternidad, que no cuadran de alguna manera, que no puedes alcanzar el equilibrio en ti, después de todo, como pensabas que podrías? ¿No te has dado cuenta a veces de que cuando pensabas que estabas parado sobre una roca, había un temblor bajo tus pies? Oíste al cristiano cantar audazmente:

***“Audaz me mantendré en ese gran día,  
porque ¿quién pondrá algo a mi cargo?  
Mientras que, mediante Tu sangre, estoy absuelto  
de la tremenda maldición y vergüenza del pecado.”***

Y has dicho: “Bueno, no puedo cantar eso. He sido un clérigo tan bueno como siempre, nunca dejé de ir a mi Iglesia todos estos años, pero no puedo decir que tenga una confianza sólida”.

Alguna vez tuvo la esperanza de satisfacción propia, pero ahora ha llegado el segundo plato y no está tan satisfecho. “Bueno”, dice otro, “he estado en mi Capilla y he sido bautizado y he hecho una profesión de religión, aunque nunca llegué a conocer al Señor con sinceridad, y en verdad una vez pensé que todo estaba bien para mí, pero quiero algo que no puedo encontrar”. Ahora viene un temblor en el corazón. No es tan agradable como uno suponía, edificar sobre la justicia propia. Ah, ese es el segundo plato. Espera un poco y tal vez en este mundo, pero ciertamente en la hora de la muerte, el demonio traerá la tercera copa de consternación al descubrir tu condición perdida.

¿Cuántos hombres que han sido farisaicos toda su vida, al final han descubierto que aquello en lo que habían puesto su esperanza les había fallado? He oído hablar de un ejército que, siendo derrotado en la batalla, trató de hacer una buena retirada. Los soldados huyeron con todas sus fuerzas hacia cierto río, donde esperaban encontrar un puente por el que pudieran retirarse y estar a salvo, pero cuando llegaron al arroyo, se escuchó un grito de terror: “El puente está roto, ¡el puente está roto!” Todo en vano fue aquel grito, porque la multitud que iba detrás apresuró a los que iban delante y los obligó a meterse en el río, hasta que la corriente se llenó de los cuerpos de los ahogados.

Tal debe ser el destino de los farisaicos. Pensabas que había un puente de ceremonias, que el Bautismo, la Confirmación y la Cena del Señor formaban los sólidos arcos de un puente de buenas obras y deberes, pero cuando llegues a morir, se oirá el grito: “¡El puente está roto, el puente está roto!” Será en vano que te des la vuelta entonces. La muerte está cerca detrás de ti. Él te empuja hacia adelante y descubres lo que es perecer, por haber descuidado la gran salvación y tratar de salvarte a ti mismo con tus propias buenas obras. Este es el penúltimo recorrido.

Y tu último recorrido de todos, el inferior vino, tu porción eterna debe ser la misma que la del libertino. Por bueno que te creas, en la medida en que rechazaste a Cristo con orgullo, debes beber la copa de vino de la ira de Dios, esa copa que está llena de temblores. Los impíos de la tierra exprimirán las escorias de esa copa y las beberán, y tú también debes beber de ella tan profundo como ellos. ¡Oh, cuidado con el tiempo! desechad vuestra altanería y humillaos bajo la poderosa mano de Dios. Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo.

Algunos de ustedes todavía han escapado del látigo, pero hay una tercera mesa llena de invitados muy honorables. Creo que ha habido más príncipes y reyes, alcaldes y regidores y grandes comerciantes sentados en esta mesa, que en cualquier otra. Se llama la mesa de la mundanalidad. "Ah", dice un hombre, "Bueno, no me gusta el libertinaje, está mi hijo mayor, he trabajado duro toda mi vida ahorrando dinero y está ese joven, no se apegará a los negocios, se ha vuelto un verdadero libertino, me alegro mucho de que el ministro haya hablado tan fuertemente sobre eso. En cuanto a mí, no me importa ni un céntimo tu gente farisaica, para mí no cuenta en absoluto. No me importa en absoluto la religión en lo más mínimo. Me gusta saber si los fondos suben o bajan, o si hay oportunidad de hacer un buen negocio, eso es todo lo que me importa". Ah, mundano, he leído de un amigo tuyo que se vestía de escarlata y de lino fino, y hacía banquetes suntuosos todos los días. ¿Sabes qué fue de él? Deberías recordarlo, porque el mismo fin te espera a ti. El final de su fiesta debe ser el final de la tuya.

Si tu Dios es este mundo, puedes estar seguro de que encontrarás que tu camino está lleno de amargura. Ahora vea esa mesa del hombre mundano, el mero mundano, que vive para ganar. Satanás lo trae en una copa que fluye: "Ahí", dice él, "Joven, estás comenzando un negocio. No es necesario que te preocupes por los convencionalismos de la honestidad, o por las fantasías ordinarias y pasadas de moda de la religión, hazte rico lo más rápido que puedas. Obtén dinero, gana dinero, honestamente si puede, pero, si no, consíguelo de todos modos", dice el diablo, y abajo pone su jarra. "Allí", dice él, "hay una corriente de aire espumoso para ti". "Sí", dice el joven, "tengo abundancia ahora, mis esperanzas se han hecho realidad". Aquí, pues, veis el primer y mejor vino de la fiesta de los mundanos, y muchos de vosotros estáis tentados a envidiar a este hombre. "Oh, que tuviera tal perspectiva en los negocios", dice uno. "No soy ni la mitad de astuto que él, no podría tratar como él trata. Mi religión no me lo permitiría. ¡Pero qué rápido se hace rico! Oh, que yo pudiera prosperar como él lo hace". Ven, hermano mío, no juzgues antes de tiempo, hay un segundo plato por venir, el trago espeso y nauseabundo del cuidado.

El hombre tiene su dinero, pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo. La riqueza mal habida, o mal utilizada, o atesorada, trae gangrena consigo, eso no gangrena el oro y la plata, pero gangrena el corazón del hombre y un corazón gangrenado es una de las cosas más horribles que un hombre puede tener.



Ah, mira a este amante del dinero y nota el cuidado que se sienta en su corazón. Hay una pobre anciana que vive cerca de la puerta de su albergue. Ella tiene solo una miseria a la semana, pero dice: "¡Bendito sea el Señor, tengo suficiente!" Nunca pregunta cómo va a vivir, o cómo va a morir, o cómo va a ser enterrada, sino que duerme dulcemente sobre la almohada de la alegría y la fe. Y aquí está este pobre necio con oro incalculable, se siente miserable porque se le cayeron seis peniques mientras caminaba por las calles, o porque tenía un llamado extra a su caridad, al que la presencia de algún amigo lo obligó a ceder, o tal vez gime porque su abrigo se gasta demasiado pronto.

Después de esto viene la avaricia. Muchos han tenido que beber de esa copa, que Dios nos salve a cualquiera de nosotros de sus gotas de fuego. Un gran predicador estadounidense ha dicho: "La codicia engendra miseria. La vista de casas mejores que la nuestra, de vestidos más allá de nuestros medios, de joyas más costosas de lo que podemos usar, de majestuosos equipos y raras curiosidades fuera de nuestro alcance, todo esto hace nacer la cría de víboras de pensamientos codiciosos, que afligen a los pobres, que quieren ser ricos, atormentando a los ricos, que serían más ricos. El hombre codicioso suspira por ver el placer, está triste en presencia de la alegría, y la alegría del mundo es su dolor porque toda la felicidad de los demás no es suya. No me extraña que Dios lo aborrezca. Inspecciona su corazón como lo haría con una cueva llena de pájaros ruidosos, o un nido de reptiles ruidosos y detesta la vista de sus inquilinos que se arrastran. Para el hombre codicioso la vida es una pesadilla y Dios le permite luchar con ella lo mejor que pueda. Mamón podría construir su palacio sobre tal corazón y el placer llevaría allí todo su jolgorio. Honrar todas sus guirnaldas, sería como placeres en un sepulcro y guirnaldas en una tumba".

Cuando un hombre se vuelve avaro, todo lo que tiene es nada para él. "¡Más más más!" dice él, como algunas pobres criaturas en una terrible fiebre, que gritan: "¡Bebe, bebe, bebe!" y les das de beber, pero después de haberlo bebido, su sed aumenta. Como la sanguijuela, gritan: "¡dame, dame, dame!" La avaricia es una locura delirante que busca agarrar el mundo en sus brazos y, sin embargo, desprecia la abundancia que ya tiene. Esta es una maldición en la cual muchos han muerto. Y algunos han muerto con la bolsa de oro en sus manos y con la miseria sobre su frente, porque no pudieron llevarla consigo a su ataúd y no pudieron llevarla a otro mundo. Bueno, entonces, ahí viene el próximo recorrido.

Baxter y esos antiguos predicadores temibles solían retratar al avaro y al hombre que vivía solo para hacer oro, en medio del Infierno, e imaginaron a Mamón vertiendo oro derretido en su garganta. "Ahí", dicen los diablos burlones, "eso es lo que querías, ya lo tienes. ¡Bebe, bebe, bebe!" y el oro fundido se derrama.

Sin embargo, no me entregaré a tales terribles imaginaciones, pero esto sí sé, el que vive aquí para sí mismo, debe perecer, el que pone sus afectos en las cosas de la tierra, no ha cavado profundo, ha construido su casa sobre la arena y cuando la lluvia descende y vienen las inundaciones, abajo debe venir su casa y grande debe ser la caída. Es el mejor vino primero, sin embargo, es el hombre respetable y respetado, todos lo honran, y después lo que es inferior, cuando la mezquindad ha empobrecido su riqueza y la codicia ha enloquecido su cerebro. Seguro que llegará, tan seguro como siempre que te entregues a la mundanalidad.

La cuarta mesa está puesta en un rincón muy apartado, en una parte muy privada del palacio de Satanás. Allí está la mesa puesta para los pecadores secretos y aquí se observa la regla antigua. En esa mesa, en una habitación bien oscurecida, veo a un joven sentado hoy y Satanás es el servidor, entrando tan silenciosamente que nadie lo escucharía. Trae la primera copa, y ¡oh, cuán dulce es! es la copa del pecado secreto. "Las aguas robadas son dulces y el pan comido en secreto es agradable". ¡Qué dulce ese bocado, comido solo! ¿Hubo alguna vez uno que rodara tan delicadamente debajo de la lengua? Ese es el primero. Después de eso, trae otro, el vino de una conciencia inquieta, los ojos del hombre están abiertos. Él dice: "¿Qué he hecho? ¿qué he estado haciendo? Ah, exclama este Acán, la primera copa que me trajiste vi brillar en ella un lingote de oro y un hermoso manto de Babilonia, y pensé, 'oh, debo tener eso', pero ahora mi pensamiento es: '¿Qué debo hacer para esperar esto, ¿dónde lo pondré?' debo cavar. Sí, debo cavar tan hondo como el infierno antes de ocultarlo, seguro que será descubierto.

El sombrío maestresala está trayendo un cuenco enorme, lleno de una mezcla negra. El pecador secreto bebe y se confunde, teme que su pecado lo descubra. No tiene paz, ni felicidad, está lleno de miedo, intranquilo. Tiene miedo de ser descubierto, sueña por la noche que hay alguien detrás de él, hay una voz en su oído que le dice: "Lo sé todo, yo lo diré". Piensa, quizás, que el pecado que ha cometido en secreto se manifestará entre sus amigos. El padre lo sabrá, la madre lo sabrá. Sí, puede ser que incluso el médico cuente la historia y comente el desdichado secreto. Para un hombre así no hay descanso, siempre teme ser sorprendido. Es como el deudor del que he leído que, debiendo mucho dinero, temía que los alguaciles lo persiguieran, y un día se le enganchó la manga en la parte superior de una empalizada y dijo: "Allí, déjame ir, estoy apesurado, te pagaré mañana", imaginando que alguien lo estaba agarrando.

Tal es la posición en la que el hombre se coloca al participar de las cosas ocultas de la deshonestidad y el pecado. Así, no encuentra descanso para la planta de su pie por temor a ser descubierto. Por fin llega el descubrimiento: es la última copa. A menudo viene en la tierra, porque esté seguro de que su pecado lo encontrará y generalmente lo encontrará aquí.

Qué espantosas exhibiciones se ven en nuestros tribunales policiales, de hombres que están obligados a beber ese último trago negro del descubrimiento. El hombre que presidía las reuniones religiosas, el hombre que era honrado como santo, por fin es desenmascarado. ¿Y qué dijo el juez, y qué dijo el mundo de él? Él es una burla y un reproche y una reprensión en todas partes. Pero, supongamos que sea tan astuto que pase por la vida sin que lo descubran, aunque creo que es casi imposible, ¿qué copa debe beber cuando esté por fin ante el tribunal de Dios! “¡sácalo, carcelero! terrible guardián de la mazmorra del Infierno, saca al prisionero”. ¡Él viene! el mundo entero está reunido. “¡Levántese, señor! ¿no hizo profesión de religión? ¿no lo creía todo el mundo un santo? Él está sin palabras, pero hay muchos en esa gran multitud que claman: “Nosotros lo pensábamos así”. El libro está abierto, se leen sus obras: transgresión tras transgresión, todas puestas al descubierto.

¿Oyes ese silbido? Los justos, movidos de ira, alzan la voz contra el hombre que los engañó y habitó entre ellos como un lobo con piel de cordero. ¡Oh, qué terrible debe ser soportar el desprecio del universo! ¡los buenos pueden soportar el desprecio de los malvados, pero los malvados deben soportar la vergüenza y el desprecio eterno, que la justa indignación acumulará sobre ellos! Oh, eso será una de las cosas más espantosas, junto a la eterna resistencia de la ira del Altísimo, que, no necesito agregar, es la última copa del terrible banquete del diablo, con el que el pecador secreto debe ser llenado, para siempre jamás.

Hago una pausa ahora, pero es solo para reunir mis fuerzas para rogar que nada de lo que pueda haber dicho, que tenga la más mínima relación personal con cualquiera de mis oidores, sea olvidado. Les suplico, hermanos y hermanas, si ahora están comiendo la grasa y bebiendo la dulzura del banquete del Infierno, hagan una pausa y reflexionen, ¿cuál será el final? “El que siembra para la carne, de la carne segará corrupción. El que siembra para el espíritu, del espíritu segará vida eterna”. No puedo perder más tiempo para eso, sin duda.

**2.** Pero debéis perdonarme mientras ocupo sólo unos minutos en llevaros a la **CASA DEL SALVADOR**, donde Él festeja a Su Amado. Ven y siéntate con nosotros en la mesa de las providencias externas de Cristo. Él no agasaja a Sus hijos a la manera del Príncipe de las Tinieblas, porque la primera copa que Cristo les trae es muy a menudo una copa de amargura. Están Sus propios hijos amados, Sus propios redimidos, que no tienen sino un triste regocijo. Jesús trae la copa de la pobreza y la aflicción y hace beber de ella a sus propios hijos, hasta que dicen: “Me has embriagado con ajeno y me has llenado de amargura”. Así es como comienza Cristo, el peor vino primero. Cuando el sargento comienza con un joven recluta, le da un chelín y luego viene la marcha y la batalla, pero Cristo nunca toma así a sus reclutas. Deben calcular el costo, no sea que comiencen a edificar y no puedan disfrutar. No busca tener discípulos que se deslumbren con las primeras apariciones. Él comienza aproximadamente con ellos y muchos han sido Sus hijos que han descubierto que el primer plato de la mesa del Redentor ha sido la aflicción, el dolor, la pobreza y la penuria.

En la antigüedad, cuando los mejores del pueblo de Dios estaban a la mesa, Él solía servirles inferior, porque andaban de un lado a otro, vestidos con pieles de ovejas y pieles de cabras, estando en la indigencia, afligidos, atormentados, de los cuales el mundo no era digno, y siguieron bebiendo de estas copas amargas por muchos días, pero déjenme decirles después Él les trajo copas más dulces y ustedes que han estado preocupados así lo han encontrado. Después de la copa de la aflicción, viene la copa de la consolación y, ¡oh, ¡qué dulce es eso! Ha sido el privilegio de estos labios beber esa copa después de la enfermedad y el dolor, y puedo dar testimonio de que dije de mi Maestro: "Has guardado el mejor vino hasta ahora". Era tan delicioso que el sabor le quitó todo sabor a la amargura del dolor, y dije: "Ciertamente la amargura de esta enfermedad ha pasado, porque el Señor se me ha revelado, y me dio su mejor vino".

Pero, Amado, el mejor vino es el último en llegar. El pueblo de Dios lo encontrará tan exteriormente. El pobre santo viene a morir. El Maestro le ha dado la copa de la pobreza, pero ya no la bebe más, es rico en todos los sentidos de la bienaventuranza. Él ha tenido la copa de la enfermedad, no beberá más de eso. Él ha tenido la copa de la persecución, pero ahora está glorificado, junto con su Maestro y sentado en Su Trono. Las mejores cosas le han llegado al final en circunstancias externas. Una vez hubo dos mártires quemados en Stratford-le-Bow. Uno de ellos era cojo y el otro ciego y cuando los ataron a la estaca, el cojo tomó su muleta y la arrojó al suelo y le dijo al otro: "Ánimo, hermano, esta es la medicina aguda que nos sanará. Yo no seré cojo dentro de una hora de este tiempo ni tú serás ciego".

No, las mejores cosas vendrían al final. Pero a menudo he pensado que el hijo de Dios se parece mucho a los cruzados. Los cruzados comenzaron su viaje y tuvieron que abrirse camino a través de muchos kilómetros de enemigos y marchar a través de leguas de peligro. Tal vez recuerden, en la historia, la historia de que cuando los ejércitos del duque de Bouillon avistaron Jerusalén, saltaron de sus caballos, batieron palmas y gritaron: "Jerusalén, Jerusalén, Jerusalén". Se olvidaron de todos sus trabajos, de todo el trabajo del camino y de todas sus heridas, porque allí estaba Jerusalén a la vista. ¡Y cómo clamará finalmente el santo: "Jerusalén, Jerusalén", cuando todo dolor, toda pobreza y enfermedad hayan pasado y sea bendecido con la inmortalidad! El vino malo, ¿malo dije? No, se quita el vino amargo, y se saca el vino mejor, y el santo se ve glorificado para siempre con Cristo Jesús.

Y ahora, nos sentaremos a la mesa de la experiencia interior. La primera copa que Cristo trae a Sus hijos, cuando se sientan a esa mesa, es una copa tan amarga que, tal vez, ninguna lengua pueda jamás describirla, es la copa de la convicción. Es una copa negra, llena del amargor más intenso. El Apóstol Pablo una vez bebió un poco, pero era tan fuerte que lo dejó ciego por tres días. La convicción de su pecado lo dominó por completo, sólo podía entregar su alma al ayuno y a la oración, y sólo cuando bebió de la siguiente copa se le cayeron las escamas de los ojos.

He bebido de ella, hijos de Dios, y pensé que Jesús era cruel, pero, al poco tiempo, me trajo una copa más dulce, la copa de Su amor perdonador, llena del rico carmesí de Su sangre preciosa. Oh, el sabor de ese vino está en mi boca en esta misma hora, porque su sabor es como el vino del Líbano, que permanece en el tonel por muchos días. ¿No recuerdas cuando, después de haber bebido la copa del dolor, Jesús se acercó y te mostró las manos y el costado y te dijo: "Pecador, he muerto por ti y me he entregado por ti, ¿cree en Mí?" ¿No recuerdas cómo creíste y sorbiste la copa, creíste de nuevo y tomaste un trago más profundo y dijiste: "Bendito sea el nombre de Dios desde ahora y para siempre, y que toda la tierra diga: Amén, porque ha quebrado las puertas de bronce, y cortado por la mitad los cerrojos de hierro, y dejado libres a los cautivos"? Desde entonces el glorioso Maestro te ha dicho: "¡Amigo, sube más alto!" y os ha llevado a los asientos superiores en los mejores aposentos y os ha dado cosas más dulces.

No te diré, hoy, de los vinos que has bebido. La esposa en Cantares de Salomón puede suplir la deficiencia de mi sermón de esta mañana. Ella bebió del vino especiado de Su granada. Y tú también, en esos momentos elevados y felices cuando tuviste comunión con el Padre y con Su Hijo, Jesucristo, pero espera un poco, Él ha guardado el mejor vino hasta ahora. Pronto os acercaréis a las orillas del Jordán, y entonces empezaráis a beber del vino añejo del reino que ha sido encubado desde la fundación del mundo. La vendimia de la agonía del Salvador, la vendimia de Getsemaní pronto os será abordada, el vino añejo del reino. Llegas a la tierra "Beulah", y comienzas a degustar todo el sabor de los vinos sobre posos bien refinados. Ya sabes cómo Bunyan describe el estado que limita con el valle de la muerte. Era una tierra que mana leche y miel, una tierra donde los ángeles venían a menudo a visitar a los santos y a traer manojos de mirra de la tierra de las especias.

Y ahora que se ha dado el paso alto, el Señor pone Su dedo sobre tus párpados y besa tu alma a través de tus labios. ¿Dónde estás ahora? En un mar de amor y vida y felicidad e inmortalidad. ¡Oh Jesús, Jesús, Jesús, en verdad has guardado el mejor vino hasta ahora! ¡mi maestro! Te he visto en día de reposo, pero este es un reposo eterno. Te he conocido en la congregación, pero esta es una congregación que nunca se dividirá. ¡Oh mi Maestro! he visto las promesas, pero este es el cumplimiento. Te he bendecido por providencias llenas de gracia, pero esto es algo más que todo esto: tú me diste gracia, pero ahora me has dado gloria. Una vez fuiste mi escudo, pero ahora eres mi sol. Estoy a tu diestra, donde hay plenitud de gozo para siempre. Has guardado Tu mejor vino hasta ahora, todo lo que tenía antes era nada comparado con esto".

Y, por último, porque sólo el tiempo me falla, podría predicar una semana sobre este tema. La Mesa de la Comunión es aquella en la que deben sentarse los hijos de Dios. Y lo primero que deben beber allí es el cáliz de la comunión con Cristo en sus sufrimientos.

Si quieres venir a la Mesa de la Comunión con Cristo, primero debes beber del vino del Calvario. Cristiano, tu cabeza debe ser coronada con espinas, tus manos deben ser traspasadas, quiero decir no con clavos, pero espiritualmente debes ser crucificado con Cristo. Debemos sufrir con Él, o de lo contrario no podemos reinar con Él. Primero debemos trabajar con Él, debemos beber del vino que Su Padre le dio a beber, o de lo contrario no podemos esperar llegar a la mejor parte de la fiesta. Después de beber del vino de Sus sufrimientos y continuar bebiendo de él, debemos beber de la copa de Sus trabajos, debemos ser bautizados con Su bautismo, debemos trabajar por las almas y simpatizar con Él en esa ambición de Su corazón, la salvación de los pecadores, y después de eso Él nos dará a beber de la copa de Sus honores anticipados.

Aquí en la tierra tendremos buen vino en comunión con Cristo en Su resurrección, en Sus triunfos y Sus victorias, pero el mejor vino está por llegar al fin. Oh cuartos de comunión, vuestras puertas me han sido abiertas, pero sólo he sido capaz de mirar dentro de ellos. Sin embargo, llegará el día en que girarás sobre tus bisagras de diamante y te abrirás de par en par por los siglos de los siglos, y entraré en el palacio del rey y no saldré más. ¡Oh cristiano! pronto verás al Rey en Su belleza, tu cabeza pronto estará sobre Su pecho. Pronto te sentarás a Sus pies con María, pronto harás como el esposo, lo besarás con los besos de tus labios y sentirás que su amor es mejor que el vino. Puedo concebirlos, hermanos y hermanas, en el último momento de su vida, o más bien, en el primer momento de su vida, diciendo: "Él ha guardado el mejor vino hasta ahora".

Cuando comiencen a verlo cara a cara, cuando entren en la comunión más íntima, sin nada que los perturbe o distraiga, entonces dirán: "El mejor vino se guarda hasta ahora".

Una vez un santo se estaba muriendo y otro que estaba sentado junto a él dijo: "Adiós, hermano, nunca más te veré en la tierra de los vivos". "Oh", dijo el moribundo, "te volveré a ver en la tierra de los vivos que está allá arriba, adonde voy. Esta es la tierra de los moribundos. ¡Oh, hermanos y hermanas, si nunca nos volviéramos a encontrar en la tierra de los moribundos, tenemos la esperanza de encontrarnos en la tierra de los vivos y beber el mejor vino por fin!